

guerra. Los anti-federales le atacaron con la mayor violencia, y si su jefe, el hábil Jefferson, no venció en la lucha, fué sin duda por la imprudencia del agente del Directorio francés Mr. Adet, que irritó la opinion pública llegando hasta el punto de amenazar si la eleccion no convenia á Francia. No se pudo impedir, sin embargo, que Jefferson alcanzase la vice-presidencia, lo cual ocasionó á J. Adams un pesar profundo, pues aquel era el primer triunfo de los demócratas.

Semejante principio anunciaba una presidencia borrascosa, y Adams hubo de luchar, en efecto, penosamente para salir del paso. Las diferencias con Francia fueron la primera cuestion enojosa y la primera dificultad á que Adams debió atender al entrar en el desempeño de sus importantes funciones; y la conducta del gobierno francés demostró muy pronto que se debian adoptar las más enérgicas medidas para mantener á salvo el honor de los Estados- Unidos. El Directorio, no contento con despedir al enviado Pinckney, manifestóle terminantemente que no admitiria á ningun otro ministro del nuevo gobierno hasta que este atendiera á las reclamaciones de la República francesa. Algun tiempo despues, Adams envió otros dos representantes para ver si hallaban medio de arreglar las diferencias. Mr. Talleyrand, el ministro de Estado, les dijo que el Directorio no los recibiría, pero permitióseles permanecer en Paris, donde el gobierno, valiéndose de sus agentes, dió á entender á los enviados que lo que se queria era dinero; Talleyrand pidió para sí y algunos de sus compañeros cincuenta mil libras esterlinas, exigiendo además que América les facilitase recursos por medio de un empréstito. Como los enviados se negaron á dar oídos á semejantes proposiciones, ordenóseles á su vez que saliesen del país.

La publicacion de los documentos, dando cuenta de los resultados de la reciente mision en Francia, excitó las iras de la jóven república contra el gobierno francés. El regreso de los enviados exasperó más aún los ánimos, despertándose un sentimiento de odio contra Francia, que tanto tiempo habia sido el ídolo del pueblo, su refugio en la guerra, y su modelo en el campo de la accion política. Tal fué la indignacion que produjo tan injuriosa conducta, que todos elevaron su voz pidiendo venganza; demócratas y federales rivalizaron en ardimiento; Adams declaró terminantemente que no volveria á enviar ningun representante á Fran-

cia hasta tener la completa seguridad de que se le recibiria con las debidas consideraciones; y hasta el mismo Washington olvidó su amor á Francia, ofreciéndose á sacrificar hasta la última gota de su sangre en honor de su país.

Adams halló en todo esto un gran apoyo para salir airoso de aquella crítica situacion; llovian los mensajes aplaudiendo su actitud resuelta, á la vez que moderada; y el efecto de esta explosion no se sintió ménos en Francia que en América.

Apénas comenzadas las primeras hostilidades, el Directorio comprendió que debia ceder de sus exageradas pretensiones; desaprobó la conducta de sus agentes respecto á sus demandas, y manifestóse dispuesto á un arreglo amistoso. Cuando Adams recibió esta noticia marchó inmediatamente á Filadelfia para celebrar una entrevista con su gabinete; cuando se reunió el Congreso, la cuestion con Francia fué el primer asunto de que se trató; y por fin, despues de los más animados debates acordóse que pasaran otros enviados á dicho país. Los nuevos representantes, que habian salido de su país en 5 de noviembre de 1799, llegaron á Francia despues del 18 brumario, cuando ya habia caido el Directorio; pero esto no podia ménos de facilitar el buen éxito. Bonaparte, harto de gloria y de batallas, sólo aspiraba ya al título de pacificador; recibió cordialmente á los representantes de América; hablóles de los intereses comunes de los Estados Unidos y de Francia en la gran causa de la libertad de los mares; y concluyó con los enviados (octubre 1800) un tratado de paz, quedando establecidas las leyes de la neutralidad marítima.

Entre tanto América olvidaba tambien sus disensiones interiores, ya para llorar la muerte reciente de Washington, ó bien para ocuparse en la traslacion del gobierno á la ciudad neutral que llevaba su nombre. Adams, que presidia todas las ceremonias, no descuidó nunca la ocasion de recomendar á sus conciudadanos el ejemplo de su amigo y el mantenimiento de la concordia. Sólo se consiguió esto en parte, pues las diferencias un momento olvidadas por la muerte de Washington y la reconciliacion con Francia, renováronse más enconadas que nunca. A ello contribuyó principalmente la promulgacion de la *Ley de extranjeros*; y la que se llamó *Ley de sediciones*. Por la primera se dispuso que se abriera un registro de extranjeros residentes, y que se obligara á estos bajo ciertas penas á presentarse á determinados oficiales en

épocas fijas; tambien se autorizó al Presidente para que mandara salir del territorio de los Estados Unidos, por un tiempo dado, á los extranjeros que creyera peligrosos, y en el caso de que alguno de estos últimos no cumpliera la órden y se le encontrara en el país al cabo de cierto tiempo, se le podria encarcelar por tres años ó ménos, inhabilitándole para ser ciudadano de los Estados Unidos. Despues de una declaracion de guerra, ó en el caso de una invasion, los ciudadanos de la nacion enemiga que se encontrasen en el país, serian reducidos á prision cuando así lo ordenase el Presidente.

En cuanto á la *Ley de sediciones*, imponíase en ella que toda combinacion *ilegal* contra las leyes ó medidas autorizadas del Gobierno, se castigara con una multa de cinco mil duros el maximum y prision que no bajara de medio año y excediera de cinco; la publicacion de libelos contra el Gobierno, las Cámaras del Congreso ó Presidente se castigaria asimismo con una multa que no excediera de dos mil duros y prision por dos años lo más. El texto original de la Ley se habia modificado algo, pues no podia esperarse que ni el Senado ni la Cámara de los Representantes admitieran la palabra *traicion*, ni que consideraran como delito que debiera castigar la ley, la justificacion de las hostilidades de los franceses.

Por más que algunos quisieran hacer de esto un arma contra el Presidente, los hombres de gobierno consideraron la medida muy conveniente si no indispensable para cortar de raíz las disensiones intestinas y una causa continúa de perturbacion. La prueba fué que la Ley sobre extranjeros comenzó á producir el mejor efecto, aún ántes de ponerse en vigor, pues huyeron del país muchos de los principales trastornadores. Tambien produjo algun descontento la creacion de nuevas contribuciones para remediar el déficit del tesoro público. Los impuestos tocaban á las casas, las tierras, el timbre y la sal; y por moderadas que fuesen, acogieron con mucha repugnancia, sin contar que la oposicion halló en esto un arma para combatir al Presidente.

Pero haciendo uso de su acostumbrada energía, Adams persistió en su línea de conducta; moderó la licencia de la prensa, supo evitar las reuniones sediciosas, y reprimió la insurreccion provocada por las nuevas leyes. Cierta que cumplia con su deber al exigir la exacta observancia de las decisiones del Congreso; pero esto mismo fué causa de que disminuyera su

popularidad de día en día; y cuando llegó al cuarto año de su presidencia, inútilmente trataron los federales de mantenerle en su cargo. Los demócratas, unidos con algunos descontentos, hicieron triunfar la candidatura de Jefferson, lo cual no fué ya un simple cambio de personas, sino el advenimiento de una nueva política, casi una revolucion. Una de las medidas más importantes de la administracion de Adams fué la organizacion de la armada. Hasta entónces, todo lo que se referia al servicio marítimo de la Union, se habia encomendado principalmente al Secretario de la Guerra y á ciertos oficiales del departamento del Tesoro; pero llegado el momento de ser necesario un aumento de fuerzas navales por la cuestion de Francia, juzgóse que los asuntos referentes á la marina no debian confiarse á un departamento separado. A fines de abril se creó el departamento de la Armada aun cuando se opuso á ello el partido republicano, pues se aprobó el *bill* por cuarenta y siete votos contra cuarenta y uno. Ofrecióse el cargo de Secretario á Jorge Cabot, de Massachusetts, persona que reunia excelentes condiciones para desempeñar este destino, mas no habiendo aceptado, se nombró á Benjamin Stodder, de Maryland, quien ocupó la plaza de Secretario de la Armada en 21 de mayo de 1798. Durante el último año de la administracion de Adams dióse principio á los trabajos del segundo censo de los Estados Unidos, que sin embargo no se completaron hasta 1801.

Este Presidente hubiera sido reelegido sin duda alguna si todos los partidos no se hubieran afanado tanto para agitar el país, aprovechándose de todos los medios posibles para que no prevaleciera la candidatura de Adams; y es triste pensar que hasta los mismos que fueron sus ministros confidentiales cooperaron para desacreditar al Presidente. No se le ocultaban á Adams todos estos manejos, y declaró que sus enemigos le atacaban porque habia rehusado sus proposiciones, cuyo objeto era aliarse con Inglaterra para declarar la guerra á Francia. Divididos los votos del partido federal, perdióse la última probabilidad de que Adams fuese reelegido, y nadie dudó ya del triunfo de Jefferson.

Adams no quiso asistir á la toma de posesion de su afortunado rival, lo cual se calificó de una falta de cortesía; pero era hombre de genio vivo y algo irascible, defecto que no rara vez puede aunarse con la nobleza de alma; descon-

fiaba de Jefferson como político, considerándolo casi como enemigo personal, y no le agradó la expectativa de ver á su rival sustituirle en el poder. Estaba irritado también de la derrota de su partido, debida á los traidores manejos de éste; y además había perdido hacia poco á su segundo hijo, Carlos, muerto en Nueva York. Por todas estas causas, Adams no quiso hacer con Jefferson lo que Washington había hecho con él, y abandonó la medio formada ciudad de las orillas del Potomac antes del 4 de marzo, desde cuya época hasta el fin de su carrera dejó de ejercer la menor influencia vital en la marcha de la política americana. Con-

TOMAS JEFFERSON

TERCER PRESIDENTE DE LOS ESTADOS-UNIDOS

El término de la administración de Adams había venido á cerrar, por decirlo así, cierta fase de la política americana, característica más bien del siglo que acababa de espirar que del que comenzaba. Hasta entonces el principal partido era el de los Estados de Nueva Inglaterra, modificado sin duda por las opiniones de los del Sur y los del centro, pero predominante: los principios que los puritanos fundadores de Massachusetts y sus colonias hermanas habían proclamado, y que no perdían ocasión de exponer, eran los principios de la revolución americana. Los hombres de todas las partes de la Confederación pensaron y obraron en favor de la gran causa; mas las ideas que recibían y propagaban eran las del Norte. Adams, como hijo de Nueva Inglaterra, participaba de los sentimientos generales de su escuela, pero con la moderación y la práctica de un eminente político, no quiso apelar á ciertos medios á que algunos le hubieran impelido, y que más tarde debía adoptar su sucesor, de quien vamos á ocuparnos ahora.

Tomás Jefferson, tercer presidente de la República de los Estados Unidos, nació el 2 de abril de 1743 en Shadwell, condado de Albemarle, en Virginia. Su familia se hallaba hacia largo tiempo establecida en Virginia, donde gozaba de las mayores consideraciones. La primera educación del joven se encomendó á profesores particulares; á los 17 años ingresó en el colegio de Guillermo y María, el más notable que había entonces en el país; allí se de-

taba ya 66 años cuando cesó en el cargo de Presidente, y deseoso, por otra parte, de descansar un poco, sólo sintió la pérdida del poder por la derrota de su partido. Sin más pesar que este, retiróse á vivir tranquilamente entre su familia y sus amigos, y desde entonces su existencia fué tan oscura, que algunos creyeron que había muerto en 1803, siendo así que vivió hasta 1826, alcanzando la edad de 91 años. Entonces era Presidente su hijo, y Adams experimentaba la más dulce alegría á que puede aspirar un buen patriota: la de ver que su país era cada día más libre, más poderoso y más feliz.

dicó asiduamente á los estudios clásicos; y no contento con profundizar los autores griegos y latinos, también cultivó algunos ramos de las ciencias, las matemáticas y la filosofía. Después de esto estudió leyes bajo la dirección de Jorge Wythe, que fué más tarde canciller del Estado de Virginia; como se le dedicaba al foro, sus estudios fueron muy detenidos; y á la edad de 24 años se le admitió como abogado en el Tribunal supremo (1767). Sullivan dice que á esta edad Jefferson era hombre de más de seis pies de estatura, ni delgado ni grueso, y que su pelo era de un rubio amarillento, sin peinar á los lados y formando coleta; su frente elevada y ancha, sus cejas largas y estrechas, sus ojos azules, los pómulos salientes, la barba larga y la boca grande. Vestía levita negra y calzon corto. Sus modales no eran muy finos, pero sí sencillos; su aspecto revelaba cierta calma, y cualquier extraño hubiera podido reconocer que no se hallaba en presencia de un hombre vulgar. No solía hablar con precipitación, y jamás gesticulaba, mas parecía estar convencido de que sus palabras merecían alguna deferencia. Sus facciones revelaban el hombre pensador y observador á la vez, mas reconocíase desde luego que no era la franqueza una de sus cualidades distintivas. Al hablar no miraba nunca á su oyente, sino al techo, á las paredes ó á cualquier otro punto. Era, en fin, una persona de cierta distinción, y habíase convertido en objeto de curiosidad, aun para un joven.

Un incidente de su vida, que él mismo refirió, produjo en su espíritu una viva y profunda impresión. Siendo aún estudiante en derecho, hallábase presente en la célebre sesión de la Asamblea de Virginia, donde Patricio Henry expuso sus atrevidos acuerdos contra el proyecto de ley del timbre, y en que, con una elocuencia tan vehemente como elevada, defendió el derecho de la colonia en materia de impuestos, atacando después las usurpaciones del ministro británico con irresistible energía, y cual si hubiera querido lanzar el rayo á través del Océano hasta las mismas gradas del trono inglés. «Aquellos torrentes de soberbia elocuencia, dice Jefferson, arrebataron á la Asamblea, pero júzguese del efecto que producirían en mi espíritu ardiente aquellos acentos desconocidos hasta entonces del orador, para defender el derecho de los colonos y los principios de la libertad.» Efectivamente, aquello debió ser para el joven como un bautismo de fuego del que aún se pudieron reconocer vestigios en las diversas fases de su vida.

Jefferson ejerció durante algunos años en el Tribunal Supremo, distinguiéndose siempre por su buen juicio y su capacidad, de tal modo que á cada causa acrecentábase su reputación. Sin embargo, las diferencias entre la madre patria y las colonias se agravaban de día en día, y era difícil que un joven abogado de talento se consagrara únicamente á su profesión, sobre todo habiéndosele elegido en 1769 para representar á su condado en la Asamblea de Virginia. En ella se adoptaron por unanimidad varios acuerdos para contestar á las amenazas del Parlamento inglés, reproduciéndose la declaración de que el derecho de crear impuestos pertenecía exclusivamente á la asamblea general de la colonia. Alarmado el gobernador ante aquella oposición, dió por terminada la legislación; pero al día siguiente los individuos que la componían celebraron una reunión particular, acordando que no se importaran ni compraran ciertas mercancías inglesas hasta que el Parlamento revocara el decreto por el cual se creaban nuevas contribuciones. El acta fué firmada por ochenta y ocho individuos, entre los cuales figuraban los nombres de Washington, P. Henry, Jefferson y algunos otros que más tarde debían figurar notablemente en los asuntos públicos. En 1773, Jefferson se unió con varios de los más osados y activos de sus colegas en la legislación y organizó con ellos el sistema de los *Comités de correspondencia* entre las

diversas colonias. Este fué uno de los actos más importantes de la revolución, pues por él se aseguró el medio de concertarse y obtener la unidad de acción, única cosa que podía producir una resistencia eficaz. En el Congreso reunido en Filadelfia en 1775, Jefferson se presentó como delegado de Virginia, y al punto se le nombró individuo de un comité encargado de redactar una declaración de los motivos que obligaban al país á tomar las armas. El proyecto que presentó fué admitido en parte, y contribuyó á que se adoptasen las medidas más decisivas al año siguiente.

Jefferson formó parte del Comité que entonces se nombró para preparar una declaración formal de la independencia; y como reuniera el mayor número de votos, se le nombró presidente, confiándole sus colegas la redacción del proyecto. Grave y delicada era la tarea, necesitándose para su desempeño á la vez muy buen juicio, energía, previsión y tacto, pues no sólo iba á resultar una guerra de semejante declaración, sino que importaba ante todo tener razón á los ojos del mundo entero, sosteniendo principios fundados en el derecho y propios para servir de guía en lo futuro. Jefferson desempeñó su misión con un talento superior; su proyecto, sometido al Congreso, fué objeto de un profundo exámen, y después de introducirse en él algunas modificaciones, adoptóse solemnemente en 4 de julio de 1776, día memorable para el país, firmándole en una grave sesión todos los diputados excepto uno solo, que tuvo escrúpulos de conciencia. Esta declaración célebre fué ciertamente para Jefferson un título de gloria y una prueba más de su claro talento; y aunque citada en muchas obras, es tan notable que creemos oportuno reproducirla aquí. Es como sigue:

DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA

«Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se ve un pueblo en la precisión de disolver los lazos políticos que le unían con otros, para ejercer por sí solo los poderes de que debe hacer uso por el derecho que le conceden las leyes de la naturaleza y del mismo Dios, un sentimiento de respeto y de dignidad le impone el deber de manifestar al mundo qué causas le obligaron á proclamarse independiente.

»Para nosotros son verdades incontestables que todos los hombres nacen iguales; que á